

NOTA EDITORIAL

Fernando Burgos

Hace algunos años, hablar de estudios sobre pesimismo filosófico en México habría sonado quizá excesivo. Existían, por supuesto, investigaciones sobre Schopenhauer, Cioran, Nietzsche, Mainländer y otros autores cercanos a esta tradición, además de trabajos dedicados al sufrimiento, la muerte, el nihilismo o la valoración de la existencia. Lo que faltaba era otra cosa: un espacio más o menos continuo en el que esas investigaciones pudieran encontrarse, reconocerse y discutir entre sí. Los coloquios sobre pesimismo filosófico en México surgieron en buena medida de esa necesidad.

El primer coloquio tuvo un carácter inevitablemente exploratorio. Reunió trabajos muy distintos y permitió comprobar que había más intereses comunes de los que en un principio parecía. Se habló de Schopenhauer y Mainländer, pero también de Emilio Uranga, José Vasconcelos, la mexicanidad, Hegesias, Dostoievski, Cioran o Edgar Saltus. La variedad de temas no obedecía todavía a un programa claramente establecido. Era, más bien, la señal de que el problema podía abrirse en varias direcciones y de que estudiar el pesimismo desde México no tenía por qué reducirse a reconstruir una corriente europea.

El segundo coloquio partió de ese antecedente, aunque el resultado fue distinto. Varias investigaciones habían ganado precisión, algunas preguntas se habían vuelto más claras y otras aparecieron por primera vez. Se notaba también una diferencia en el modo de trabajar: ya no se trataba solamente de presentar un autor o de señalar una afinidad, sino de ensayar hipótesis, construir problemas y poner a prueba lecturas que en muchos casos continuarán en tesis, artículos o proyectos de mayor alcance.

De ahí procede este volumen. No lo concebimos simplemente a modo de actas. Los textos nacieron de las ponencias presentadas en el coloquio, pero después fueron ampliados, corregidos y, en varios casos, reformulados. Algunos tienen todavía el carácter de avance; otros son primeras versiones de investigaciones que apenas comienzan. Nos parecía importante conservar algo de ese estado de búsqueda. No todo trabajo académico tiene que aparecer como una conclusión cerrada. También vale la pena registrar el momento en que una idea empieza a tomar forma y encuentra interlocutores.

Hasta donde sabemos, no se había intentado en México dar continuidad a un proyecto colectivo de estas características alrededor del pesimismo filosófico. Esto no significa que antes no hubiera estudios importantes, ni que pretendamos atribuirnos un comienzo absoluto. Sería falso y, además, innecesario. Lo novedoso está en la continuidad: volver sobre estos problemas, reunir investigadores, producir publicaciones, generar nuevas preguntas y hacer que el pesimismo deje de aparecer sólo como un interés aislado dentro de trabajos que rara vez entraban en contacto.

Ese cambio se advierte en los temas del presente número. Una parte de los ensayos vuelve hacia materiales anteriores a la formación del pesimismo moderno. El estudio sobre los *icnocuicatl* y los *tlaoicolcuicatl* nahuas, por ejemplo, se pregunta hasta dónde puede hablarse de una experiencia pesimista sin borrar la distancia histórica que separa esos cantos de las filosofías europeas del siglo XIX. Otro trabajo pone en diálogo la cosmología otomí con la noción del “mundo-sin-nosotros” de Eugene Thacker. En ambos casos, el interés no está en fabricar precursores de Schopenhauer, sino en probar hasta dónde ciertas categorías del pesimismo pueden servir para leer experiencias de fugacidad, desamparo, oscuridad o indiferencia del mundo sin forzar los materiales.

Otra línea se ocupa de autores mexicanos que rara vez han sido considerados desde esta perspectiva. José Vasconcelos y Agustín Basave Fernández del Valle aparecen aquí no porque se quiera incorporarlos sin más a una supuesta tradición pesimista mexicana, sino porque algunas zonas de sus obras permiten plantear preguntas nuevas. Leer a un autor desde el pesimismo no equivale a declararlo pesimista. Puede servir, por el contrario, para precisar hasta dónde llega una afinidad y en qué punto comienza la diferencia.

También se ha vuelto necesario reconstruir la historia de estas recepciones. El caso de Philipp Mainländer es especialmente revelador. Hace no muchos años su presencia en México era todavía fragmentaria; hoy existen traducciones, tesis, coloquios, artículos y proyectos específicos alrededor de su obra. Ese crecimiento no ocurrió de un día para otro. Es el resultado de una acumulación de trabajos, discusiones y colaboraciones que permiten hablar, al menos en este caso, de una recepción académica cada vez más articulada y conectada con el debate internacional.

Sin embargo, el paso que quizá resulte más importante es otro: el pesimismo comienza a dejar de ser solamente un objeto histórico. Algunos de los trabajos reunidos aquí intentan pensar desde él. Esto puede verse en las propuestas sobre pesimismo político, en las discusiones sobre libertad y modelos de lenguaje, en las aproximaciones al pesimismo iberoamericano o en los intentos por poner esta tradición en contacto con problemas contemporáneos que Schopenhauer, Mainländer, Bahnsen o Hartmann evidentemente no pudieron conocer.

La aparición de la Escuela Pesimista de Nuevo León es una de las expresiones más claras de este proceso. Su formación no respondió a un plan previo. Comenzó con investigaciones individuales desarrolladas en la Universidad Autónoma de Nuevo León por Gabriel Martínez y Rubén Nessim y, con el tiempo, incorporó a Juan Pedro Carreón Luna y Darío Caleb Cario Alanís. Lo que primero fue una coincidencia de intereses terminó adquiriendo una forma colectiva y un nombre propio.

La Escuela se presentó públicamente durante *Genealogías del desencanto: Pesimismo filosófico global y mexicano*, en mayo de 2026. La mesa reunió trabajos sobre Agustín Basave, la libertad frente a los modelos de lenguaje, las instituciones sociales y el pesimismo iberoamericano. Esa variedad resulta más importante que cualquier intento de imponer una doctrina común. Los integrantes no parten de una misma tesis ni están obligados a ofrecer una lectura uniforme de Schopenhauer o de sus continuadores. Lo que comparten es algo más elemental: la convicción de que el pesimismo puede ser todavía un punto de partida para hacer filosofía.

En ese sentido, la Escuela Pesimista de Nuevo León muestra una de las direcciones que este proyecto puede tomar. Estudiar la tradición sigue siendo indispensable, pero no tendría mucho sentido convertirla en un repertorio de respuestas intocables. Una tradición continúa cuando puede ser discutida, desplazada hacia otros problemas y, cuando haga falta, corregida o contradicha. La investigación histórica y la producción filosófica no son tareas opuestas; pueden alimentarse mutuamente.

Que una iniciativa de este tipo haya surgido fuera del espacio inmediato en el que se organizaron los primeros encuentros también es significativo. El proyecto comienza a ramificarse. Hay investigaciones que se desarrollan en Ciudad de México, Morelos, Guerrero o Nuevo León; algunas se concentran en historia de la filosofía, otras se acercan a la antropología, la política, la tecnología o la historia intelectual. No sabemos todavía qué parte de estas líneas tendrá continuidad ni cuáles cambiarán de rumbo. Eso forma parte de cualquier campo que todavía está construyéndose.

Por la misma razón, sería apresurado hablar ya de una tradición mexicana del pesimismo en sentido estricto. Tampoco hace falta hacerlo. Lo que sí puede observarse es una continuidad que hace algunos años apenas comenzaba a percibirse: investigadores que vuelven sobre problemas comunes, trabajos que responden a otros trabajos, tesis que se convierten en artículos especializados y encuentros que terminan dando lugar a nuevas colaboraciones.

Este libro reúne una parte de lo que se ha venido haciendo. No agota el panorama ni pretende fijar sus límites. Algunos de sus ensayos seguramente serán corregidos con el tiempo; otros quizá terminen convertidos en investigaciones mucho más extensas. Sería deseable que así ocurriera. Un coloquio tiene sentido precisamente cuando no clausura una discusión, sino cuando consigue prolongarla.

Entre el primero y el segundo encuentro no sólo aumentó el número de trabajos. Las preguntas comenzaron a tener una historia. Algunas regresaron con mayor precisión; otras aparecieron como consecuencia de discusiones anteriores; incluso surgieron grupos que ahora intentan trabajar de

manera conjunta. Esa continuidad, todavía modesta pero ya visible, es quizá el dato más importante de este número.

Publicamos estos ensayos por esa razón. No porque pensemos que el mapa del pesimismo filosófico en México esté terminado, sino porque apenas comienza a dibujarse y vale la pena dejar constancia de ese proceso. Si este volumen logra abrir nuevas investigaciones, provocar desacuerdos o hacer que otros autores y problemas entren en la conversación, habrá cumplido su propósito.



EDITORIAL NOTE

Fernando Burgos

A few years ago, speaking of studies on philosophical pessimism in Mexico might have sounded somewhat excessive. There were, of course, studies on Schopenhauer, Cioran, Nietzsche, Mainländer, and other authors close to this tradition, as well as works devoted to suffering, death, nihilism, or the valuation of existence. What was missing was something else: a more or less continuous space in which those investigations could meet, recognize one another, and enter into discussion. The colloquia on philosophical pessimism in Mexico arose largely from that need.

The first colloquium was inevitably exploratory in character. It brought together very different works and made it possible to see that there were more shared interests than initially seemed to be the case. Schopenhauer and Mainländer were discussed, but so were Emilio Uranga, José Vasconcelos, Mexicanness, Hegesias, Dostoevsky, Cioran, and Edgar Saltus. The variety of topics did not yet respond to a clearly established program. Rather, it was a sign that the problem could open in several directions and that studying pessimism from Mexico did not have to be reduced to reconstructing a European current.

The second colloquium began from that precedent, although the result was different. Several investigations had gained precision, some questions had become clearer, and others appeared for the first time. A difference could also be noticed in the way of working: it was no longer merely a matter of presenting an author or pointing out an affinity, but of testing hypotheses, constructing problems, and putting interpretations to the test that, in many cases, will continue in theses, articles, or larger projects.

This volume comes from that process. We do not conceive it simply as proceedings. The texts originated in papers presented at the colloquium, but were later expanded, corrected, and, in several cases, reformulated. Some still have the character of works in progress; others are first versions of investigations that are only beginning. We thought it important to preserve something of that state of inquiry. Not every academic work has to appear as a closed conclusion. It is also worthwhile to record the moment when an idea begins to take shape and finds interlocutors.

As far as we know, no attempt had been made in Mexico to give continuity to a collective project of these characteristics around philosophical pessimism. This does not mean that there were no important studies before, nor that we intend to attribute an absolute beginning to ourselves. That would be false and, moreover, unnecessary. What is new lies in continuity: returning to these problems, bringing researchers together, producing publications, generating new questions, and making pessimism cease to appear only as an isolated interest within works that rarely came into contact with one another.

That change can be seen in the themes of the present issue. Some of the essays turn to materials prior to the formation of modern pessimism. The study of the Nahuatl *icnocuicatl* and *tlacolcuicatl*, for example, asks how far one may speak of a pessimistic experience without erasing the historical distance that separates those songs from nineteenth-century European philosophies. Another contribution places Otomi cosmology in dialogue with Eugene Thacker's notion of the 'world-without-us.' In both cases, the aim is not to manufacture precursors of Schopenhauer, but to test how far certain categories of pessimism can help us read experiences of transience, abandonment, darkness, or the world's indifference without forcing the materials.

Another line of inquiry focuses on Mexican authors who have rarely been considered from this perspective. José Vasconcelos and Agustín Basave Fernández del Valle appear here not because we wish simply to incorporate them into a supposed Mexican pessimistic tradition, but because certain areas of their work allow new questions to be posed. Reading an author from the standpoint of pessimism is not the same as declaring that author a pessimist. On the contrary, it can help specify how far an affinity extends and where a difference begins.

It has also become necessary to reconstruct the history of these receptions. The case of Philipp Mainländer is especially revealing. Not many years ago, his presence in Mexico was still

fragmentary; today there are translations, theses, colloquia, articles, and specific projects devoted to his work. That growth did not occur overnight. It is the result of an accumulation of work, discussions, and collaborations that make it possible, at least in this case, to speak of an increasingly articulated academic reception connected with the international debate.

Yet perhaps the most important step is another one: pessimism is beginning to cease being only a historical object. Some of the works gathered here attempt to think from within it. This can be seen in the proposals on political pessimism, in discussions of freedom and language models, in approaches to Ibero-American pessimism, or in attempts to bring this tradition into contact with contemporary problems that Schopenhauer, Mainländer, Bahnsen, or Hartmann obviously could not have known.

The emergence of the Pessimist School of Nuevo León is one of the clearest expressions of this process. Its formation did not follow a prior plan. It began with individual research carried out at the Autonomous University of Nuevo León by Gabriel Martínez and Rubén Nessim and, over time, incorporated Juan Pedro Carreón Luna and Darío Caleb Cario Alanís. What first appeared as a coincidence of interests eventually acquired a collective form and a name of its own.

The School was presented publicly during *Genealogies of Disenchantment: Global and Mexican Philosophical Pessimism*, in May 2026. The panel brought together works on Agustín Basave, freedom in relation to language models, social institutions, and Ibero-American pessimism. That variety is more important than any attempt to impose a common doctrine. Its members do not begin from the same thesis, nor are they required to offer a uniform reading of Schopenhauer or his successors. What they share is something more basic: the conviction that pessimism can still be a point of departure for doing philosophy.

In this sense, the Pessimist School of Nuevo León shows one of the directions this project may take. Studying the tradition remains indispensable, but it would make little sense to turn it into a repertoire of untouchable answers. A tradition continues when it can be discussed, displaced toward other problems, and, when necessary, corrected or contradicted. Historical research and philosophical production are not opposing tasks; they can nourish one another.

The fact that an initiative of this kind arose outside the immediate space in which the first meetings were organized is also significant. The project is beginning to branch out. Research is being carried out in Mexico City, Morelos, Guerrero, and Nuevo León; some projects focus on the history of philosophy, while others approach anthropology, politics, technology, or intellectual history. We do not yet know which of these lines will continue or which will change direction. That is part of any field that is still being built.

For the same reason, it would be premature to speak already of a Mexican tradition of pessimism in the strict sense. Nor is it necessary to do so. What can be observed is a continuity that only a few years ago was barely beginning to be perceived: researchers returning to common problems, works responding to other works, theses becoming articles, and meetings giving rise to new collaborations.

This book gathers part of what has been done. It does not exhaust the panorama, nor does it seek to fix its limits. Some of its essays will surely be corrected over time; others may eventually become much more extensive investigations. It would be desirable for that to happen. A colloquium has meaning precisely when it does not close a discussion, but manages to prolong it.

Between the first and the second meeting, it was not only the number of works that increased. The questions began to acquire a history. Some returned with greater precision; others emerged as a consequence of earlier discussions; groups even appeared that are now attempting to work together. That continuity, still modest but already visible, is perhaps the most important fact of this special issue.

We publish these essays for that reason. Not because we think the map of philosophical pessimism in Mexico is complete, but because it is only beginning to be drawn and it is worth leaving a record of that process. If this volume succeeds in opening new lines of research,

provoking disagreements, or bringing other authors and problems into the conversation, it will have fulfilled its purpose.

